

A la vista de todos

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía de © Carlos González Ximénez

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Teresa Cardona, 2025

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-59-1

Depósito legal: M-3.042-2025

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Teresa Cardona

A LA VISTA DE TODOS

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

A Tatiana Recoder Vallina, in memoriam

«Entonces el esclarecido Héctor se quitó el casco de la cabeza y lo depositó, resplandeciente, sobre el suelo. Después, tras besar a su hijo y mecerlo en los brazos, dijo elevando una plegaria a Zeus y a los demás dioses: “¡Zeus y demás dioses! Concededme que este niño mío llegue a ser como yo, sobresaliente entre los troyanos, igual de valeroso en fuerza y rey con poder soberano en Ilio. Que alguna vez uno diga de él: ‘Es mucho mejor que su padre’, al regresar del combate. Y que traiga ensangrentados despojos del enemigo muerto y que a su madre se le alegre el corazón”».

HOMERO, *Iliada*, VI

Hic dormit qui semper vigilavit.

Inscripción en la lápida de Fray José de Sigüenza,
Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

«Todos nuestros defectos pueden transformarse en virtudes y nuestras virtudes en defectos, y estos últimos son precisamente los más peligrosos».

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

La teniente Karen Blecker cerró el ordenador y se frotó los ojos. Seguía viendo bien, pero se cansaba si pasaba muchas horas ante la pantalla. Se preguntó por qué se asombraba, pues sabía que la edad afecta a la vista. A lo mejor, se dijo, es por un optimismo intrínseco, o por exceso de confianza en el buen destino de uno mismo, que nos sorprendemos ante los signos de la edad, pero seguimos comprando lotería, aunque las posibilidades de ganar sean ínfimas. Se propuso buscar unas gafas diferentes a esas finitas que se guardan en pequeñas fundas y que venden los supermercados o los chinos, con la esperanza de no convertirse en una de esas mujeres que buscan discretamente unas gafitas que ni siquiera se ponen, sino que usan a modo de lupa para descifrar las líneas y las guardan inmediatamente después con el afán de ganar una batalla perdida desde el principio. El culto a la juventud, en los tiempos del bótox y de las redes sociales, es implacable, por mucho que la población envejezca cada vez más y los años de juventud supongan un porcentaje cada vez más pequeño en relación con la esperanza de vida actual. Sonrió al recordar una frase que había leído, en la que una actriz decía que no se sabía lo que era la discriminación hasta que se cumplían los cincuenta años delante de la pantalla.

Miró por la ventana del despacho, vio que el monte estaba oscuro, y al abrir la ventana le llegó una corriente de aire helado, a pesar de que, en la primavera de San Lorenzo, durante el día, las temperaturas suben hasta permitirte estar en mangas

de camisa bajo el sol en la plaza. Recordó las primaveras pasadas en Holanda, cuando trabajaba para la Europol, evocó la exuberancia de la vegetación centroeuropea, y se dijo que la española no tenía nada que envidiarle. Apagó la luz y salió cerrando la puerta.

Del despacho de su segundo, José Luis Cano, salía el murmullo de una conversación. Tocó suavemente, oyó cómo dejaba de hablar y entró. El brigada estaba reclinado en su silla, con las largas piernas estiradas, sin chaqueta delante de la pantalla apagada del ordenador. Se despidió y dejó el móvil sobre la mesa al verla entrar.

—No tenías que haber colgado, perdona —se excusó Karen—. Era sólo para decirte que me iba.

—No te preocupes —contestó él estirándose—, no era nada importante. ¿Has acabado?

Karen asintió y se dejó caer en una silla enfrente del brigada con el abrigo entre los brazos.

—Me iba a subir a casa, si quieres vamos juntos —dijo Cano mientras apilaba unos papeles.

—Estupendo.

Karen hizo un cálculo rápido: ya llevaba casi dos años en aquel lugar al pie de la sierra de Guadarrama. Observó el perfil de Cano mientras recogía y se dijo que nunca habría pensado que llegaría a tener una amistad tan estrecha con un compañero. Su relación con el doctor Maus, su mentor en Colonia, siempre había sido buena, pero diferente, casi paternofamiliar. Se preguntó por qué pensaba en el doctor Maus como en un padre, pero supuso que se debía a la sensación de haber aprendido a andar bajo su vigilancia, a analizar y a ver las cosas por sí misma, a ser autónoma y a responsabilizarse de sus decisiones. Fue él quien la había dejado acercarse al precipicio para sujetarla después, no sin hacerle antes pasar miedo, que notara el viento del vacío en la cara y lo reconociera más tarde, aunque se disfrazara de brisa. Sin su muerte, no habría pedido el traslado a la Europol en La Haya, no habría conocido a Philippe

y no habría acabado, tras pedir plaza en Madrid, en el cuartel de la Guardia Civil de San Lorenzo de El Escorial.

—¿Te pasa algo? —preguntó Cano mientras cogía su chaqueta.

—No, estaba pensando en un amigo.

—A ver si Gonzalo se va a tener que preocupar —dijo divertido.

Karen lo miró extrañada y se dijo que incluso Cano, que era la tolerancia personificada, tenía de vez en cuando unos rasgos paternalistas que la sorprendían. No contestó.

En el mostrador de la entrada se despidieron de la guardia Romero, una joven que llevaba poco más de un año en el cuartel y se había convertido en una magnífica rastreadora. Estaba tecleando unos datos y los despidió con un seco «hasta el lunes».

—¿No está Suárez? —preguntó Karen, extrañada de no ver al guardia desde hacía unas horas.

—Una emergencia, seguro —replicó Cano.

—No, o bueno, sí —respondió Romero—. Anda con las historias de las procesiones.

La teniente no se extrañó, ya que, a pesar de que la Guardia Civil no participaba sino en una procesión, el guardia Suárez ayudaba, a título personal, en muchas de las preparaciones.

—Lo han llamado porque había un «problemilla» —continuó la guardia irónica— con uno de los pasos, pero se ha subido hace dos horas y no ha vuelto a dar señales de vida...

La mujer sólo refunfuñó un poco y Karen pensó que se estaba adaptando al ritmo de la sierra. Cuando ella llegó de la Europol, las ausencias permanentes del guardia también la habían asombrado, hasta que comprendió que Ricardo Suárez era la mejor tarjeta de visita del cuartel de San Lorenzo. Si todo el tiempo que invertía en la población se reflejase como horas de servicio, ganaría el premio, si existiese, al trabajador del año, y tendrían serios problemas con sus horas extras.

Suárez se ocupaba de todas las emergencias del pueblo, conocía San Lorenzo de El Escorial, sus calles y a sus habitantes

como nadie, lo que llevaba a que, cada vez que alguien llamaba al cuartel con un problema que habría sido desviado a los bomberos, a los servicios sociales o incluso a los familiares, se enviase a Suárez directamente, pues lo solía resolver de manera pragmática y eficaz, ganándose el cariño incondicional de la gente. Aparecía con las manos negras de cambiar neumáticos, con el uniforme rasgado por subirse a un árbol o meterse entre las zarzas, o, como hacía unas semanas, con un olor a humo que parecía salido directamente de un ahumador. Una anciana que había quedado viuda hacía poco había intentado encender la chimenea un día que nevó y su vivienda se había llenado de humo. Asustada porque sus hijos querían ingresarla en una residencia, y podrían considerar que no estaba capacitada para vivir sola, llamó al cuartel, tartamudeando de miedo, en vez de a los bomberos. Suárez la escuchó, la mandó con un abrigo a la terraza y subió disparado a la casita de la mujer. Abrió el tiro de la chimenea, que se había atascado, acomodó el fuego, retiró la nieve de la entrada y al día siguiente volvió con un deshollinador, un amigo suyo de Segovia, que limpió el tiro. Le llevó un saco de piñas para que el fuego prendiese mejor y le partió la leña en pedazos más pequeños. No hubo que llamar a los hijos, que, cuando llegaron el fin de semana a ver a su madre y se la encontraron ante un alegre fuego, con unas paletillas de cordero en el horno y una bandeja de leche frita delante, no osaron mencionar la idea de la residencia.

Al principio, llegaban para Suárez al cuartel desde jamones hasta cajas de vino, que eran rechazadas como ordenaba la ley de transparencia. Fue una mujer, a la que el guardia había ayudado a llevar a su marido al hospital, la que instauró la costumbre: angustiada porque creía que su marido estaba sufriendo un ictus y su marido se negaba a escucharla, llamó al cuartel. Suárez fue a su casa y con métodos poco ortodoxos de los que después no se habló demasiado llevó a la pareja al hospital, salvándole la vida al antiguo mecánico del Patrimonio Nacional. Agradecida, la mujer se plantó en pleno verano delante del

cuartel con una bandeja de dulces, y decidió no moverse del sitio hasta que se los aceptasen. Ante la disyuntiva de detener a la terca anciana, llevarla al hospital por una insolación, o aceptar sus rosquillas, se decidieron por el mal menor. Así, al cuartel de San Lorenzo llegaban pastas, bizcochos y todo tipo de dulces que el guardia compartía con sus compañeros.

—Es un cabrón... —murmuró Romero cuando salían.

Karen y Cano se detuvieron y la miraron atónitos. La guardia, a pesar de ser una magnífica persona, no era simpática, pero normalmente se llevaba muy bien con Suárez y era ella quien lo cubría en muchas de sus ausencias.

—Joder, no se puede ser así —continuó amarga—. ¡Es corrupción! —soltó—. Es fácil decir que no al billete que te ofrecen, porque eso lo rechazo sin pestañear. Pero va el cabrón y me coloca delante una bandeja de torrijas. Coño, que llevo un mes intentando adelgazar...

Karen reprimió una carcajada y se acercó a su mesa, donde la guardia le tendía ya un rollo de papel de aluminio que guardaba en uno de los cajones junto a los formularios de las denuncias. Hizo dos paquetes con algunas torrijas y llevó la bandeja a la esquina que utilizaban de cocina para evitarle la tentación a Romero, que se despidió de ellos con un bufido. Cuando cerraron la puerta, echaron a reír.

—Parece que se va acostumbrando —dijo Cano con lágrimas en los ojos.

—Sí, ya no protesta, sólo gruñe —coincidió Karen divertida.

—¿Te dejas en casa?

—Sí, viene Gonzalo. ¿Y tú?

—He quedado en Madrid con un amigo.

—Ah, parece que va en serio..., ya van tres fines de semana seguidos...

—Ya veremos —cortó el brigada con una sonrisa.

La carretera que subía al pueblo iba bastante llena de coches, muchos de ellos monovolúmenes familiares de veranean-

tes que utilizaban sus segundas residencias también los fines de semana. Cano suspiró.

—Acabamos de salir del belén y ya entramos en Semana Santa... Verás cómo se va a poner el pueblo otra vez.

—No protestes, Cano. San Lorenzo estaría mucho menos animado sin la gente que viene los fines de semana. Imagínate lo que sería para la gastronomía.

—Ya, ya, pero el pueblo se pone imposible. El otro sábado pasé a comprar en La Carpetana dos cosas y tuve que esperar veinte minutos.

—Haz como yo y levántate pronto —respondió la teniente—. Entonces te tomas un café solo y compras en un minuto. Pero como has cogido esa costumbre de bajarte a Madrid los viernes para irte de fiesta... También, si ya estás allí, disfrutarías del sábado por la mañana: si te levantas pronto, la ciudad está vacía y te podrías dar un paseo maravilloso.

—Ya, levantarme pronto... No tengo tus costumbres germánicas.

—Entonces, Cano, disfruta como los españoles de las colas y de los sitios repletos... ¿No es eso lo que me dices siempre? ¿Que el sitio que está lleno tiene que ser el bueno? Pues ya sabes... —rio—, o compra entre semana.

El brigada contestó con un gruñido similar a los de Romero y no habló hasta que llegaron ante una gran casa cerrada. La teniente descendió del vehículo, se despidió con la mano y empujó la verja de hierro, que rechinó. Avanzó rodeando la mansión y se dirigió a un pequeño pabellón al fondo del jardín en el que lucía un farolito sobre la puerta que había instalado con un sensor.

Cuando decidió mudarse a San Lorenzo, Cano le había encontrado esa casita, la vivienda de los guardeses, según el nombre oficial, o el antiguo picadero del dueño, según las malas lenguas. Los propietarios no iban nunca, pero no la querían vender y estuvieron encantados de alquilar el pabellón a la nueva teniente de la Guardia Civil, calculando que así, además

de ingresar una suma, tendrían vigilancia gratuita al estar habitada.

Se sacudió los zapatos, se los quitó y los dejó en la entrada. La casa estaba fría y apiló unas piñas, maderitas y troncos en la chimenea. Acercó la cerilla y observó unos segundos cómo las llamas prendían las piñas y las convertían en un esqueleto incandescente. Sintió cómo sus hombros se relajaban, se dirigió a la cocina, se quitó la chaqueta, abrió una botella de vino y se sirvió una copa. Volvió al salón, fijó sus ojos en las llamas y se resistió a la tentación de dejarse caer en el sofá, que parecía llamarla a voces. No sentía hambre, pero supuso que más tarde tendría apetito y que Gonzalo llegaría hambriento. Miró el fuego y el exterior oscuro y se dijo que no le apetecía nada salir. Se imaginó a Cano duchándose y acicalándose para montarse en el coche y recorrer los cincuenta kilómetros hasta la capital, y sólo pensarlo la agotó. Se sirvió una segunda copa y abrió la nevera. Se felicitó por la previsión que había tenido por la mañana, cuando ya se había imaginado que no tendría ganas de salir y había sacado del congelador un paquete de carne picada y unas láminas de hojaldre. Picó unas cebollas y un ajo y los puso a pochar en la sartén. Puso un concierto de piano en el reproductor y sintió, mientras salteaba la carne, cómo la tensión del día desaparecía. Añadió un poco de salsa de tomate, sazonó con pimienta de Cayena y picó perejil para añadirlo al final. Colocó una lámina de hojaldre en una fuente, extendió el relleno encima y lo cubrió con la otra lámina. Lo pintó con yema de huevo y utilizó los recortes para hacer unas hojitas que le quedaron tan mal que las tuvo que retirar, dejando la masa arrugada. Metió el pastel de carne en el horno y se dijo que, a pesar del calor que emitía, hacía fresco. Fue al dormitorio, se cambió los pantalones por unos de lana abrigada y se puso un jersey de cuello vuelto sobre la camisa.

La verja chirrió y Karen pensó que nunca necesitaría un timbre exterior mientras no engrasase el portón. Sacó una copa más y sirvió vino. Abrió la puerta y esperó, frotándose los

brazos hasta ver la mata blanca de pelo de Gonzalo acercarse por el camino. El hombre sonrió al verla y la abrazó. Enterró la cara en su cuello, la besó, y sólo cuando una ráfaga de aire recorrió los pinos y se coló entre los dos la condujo hacia el interior con un brazo rodeándole los hombros y una pequeña maleta en la mano del otro. En la cocina se lavó las manos y Karen le tendió la copa de vino.

—Huele fenomenal, qué maravilla. —Suspiró—. Estoy agotado, ya no tengo edad para viajes de un día.

—Esta mañana me he dado cuenta de que necesito cada vez más las gafas —añadió ella.

Gonzalo hurgó en su chaqueta y sacó un estuche.

—Yo ya no me separo de ellas... Lo que está en el horno tiene un aspecto maravilloso.

—Es un pastel de hojaldre relleno de carne, así nos podemos sentar y no hay nada más que hacer. Para evitar que te empeñes en salir...

—¿Yo? —dijo Gonzalo dejándose caer en el sillón con un resoplido de satisfacción—. Cena, chimenea y cama. Mejor plan, imposible.

—Cano se bajaba a Madrid —comentó Karen levantando la voz mientras iba a la cocina—. No sé cómo consigue acostarse a las cuatro viernes y sábado y levantarse el lunes... Es como si te fueses una vez a la semana a Nueva York y tuvieras que luchar después con el cambio horario.

—A Cano —replicó Gonzalo desde el salón— le sacas diez años y yo, desgraciadamente, casi veinte. Aunque, si yo tuviera que conquistarte, también bajaría a Madrid. —Rio mientras se levantaba y colocaba dos manteles individuales en la mesita de madera—. ¿Te ha dicho algo nuevo? —preguntó curioso.

Karen pensó en el brigada y en el nerviosismo que sufría las dos últimas semanas. Se lo había contado a Gonzalo y ambos estaban de acuerdo en que se había enamorado de la cabeza a los pies. Estaba distraído y Karen lo sorprendía mirando a lo

lejos con una satisfacción que no podía explicar el estado del patio del cuartel.

—Espero que funcione, está muy ilusionado —contestó—. ¿Y ahora que me has conquistado, ya no bajarías? —contestó Karen con los cubiertos en la mano.

—No te equivoques, iría contigo, pero, si me preguntas, prefiero quedarme aquí. Si dudas, te puedo demostrar mi amor cortando leña... —dijo señalando el cesto casi vacío.

—No hace falta que cortes, pero puedes meter unos troncos mientras traigo el resto de las cosas.

—Voy —dijo Gonzalo levantándose para salir.

Cenaron, recogieron la mesa y se sentaron ante el fuego.

—La carretera estaba abarrotada —dijo el hombre con los ojos fijos en el fuego—. En cuanto mejora el tiempo, medio Madrid sube a la sierra...

—Estás igual que Cano, que no hace más que protestar de cómo se llena el pueblo.

—¿Y eso me lo dices tú, que le has cogido una tremenda manía al belén?

Karen abrió la boca y la cerró. Cuando llegó a España y vivía en Madrid, no notaba la invasión como ahora. Los habitantes de San Lorenzo, habituados a convivir con el monasterio a todas horas, estaban acostumbrados a la presencia continua de extraños. Habían conseguido mantener un pueblo genuino, con su panadería, su librería y su peluquería, y evitar las tiendas de regalos turísticos que proliferaban en Madrid o en ciudades como Toledo, y que vendían tanto la pulserita de tela de la Virgen del Pilar como la bailarina flamenca, que en la sierra madrileña no había sido vista en los más de cuatrocientos años que llevaba el monasterio en pie. Sin embargo, el éxito del casco histórico, conservado durante siglos sin muchos cambios, no hacía más que crecer, y celebraciones que habían comenzado como eventos populares se habían convertido en manifesta-

ciones de interés cultural a las que acudían masas de gente de toda España, siendo sus puntos álgidos el belén navideño y la Semana Santa. La invasión durante esta última Karen se la había perdido otros años al estar de vacaciones, pero pensó en que ese no se salvaría. Gonzalo observaba su cara divertido.

—Me encanta cuando tu lado germánico analiza una situación. Te estás acordando de lo que protestaste del belén y estás pensando que en Semana Santa va a ser igual y que no has sido ecuánime con Cano, ¿verdad? —Le cogió la barbilla y acercó la cara a la suya para besarla—. Te puedes disculpar con él la semana que viene. Vámonos a la cama y aprovechamos para dar un paseo temprano. Después se llenará todo entre los excursionistas y los veraneantes, protestarás y tendrás que entonar un *mea culpa*.

Karen se acurrucó contra él.

—Buena idea. ¿Y qué hacemos con el resto del día?

—Como la canción de Lou Reed, ya sabes, un *perfect day*: volver a casa, comer cualquier cosa y echarnos una siesta —propuso—. Lo único que no te puedo ofrecer es lo de darles de comer a los animales del zoo... Aunque si encontramos algún cisne, le podemos dar un mendrugo.

—Han desaparecido los cisnes —replicó Karen—, me dijeron que a uno se lo ha comido un zorro.

—Qué poco romanticismo.

Permanecieron unos minutos en silencio. Karen sintió un escalofrío y se volvió para mirar a la chimenea.

—Se está apagando el fuego...

Gonzalo la apartó con suavidad.

—Voy a por leña. Mañana cortaré más, aunque no sé si te parecerá excitante si me cojo una contractura y me tienes que untar Voltarén en las lumbares... —dijo riendo.

Karen se despertó cuando aún no había salido el sol, fue a la cocina a prepararse un café, cortó un poco de melón y metió

dos rebanadas de pan en el tostador sin empujar aún la palanca. Se duchó, se lavó el pelo y disfrutó de la sensación de no tener prisa en acabar. El baño estaba lleno de vapor y tuvo que abrir la ventana para conseguir mirarse en el espejo y poder secarse el pelo. El aire, que olía a tierra mojada y a pino, entró por el ventanuco y la hizo tiritar. Se envolvió en el albornoz, se secó el pelo, recogió las toallas y cerró la ventana. Cuando abrió la puerta, se topó con Gonzalo. Él la abrazó y Karen sintió su cuerpo, aún caliente por el sueño, contra el suyo.

—Me has dado un susto, creía que dormías.

—Como el que me has dado tú cuando has abierto la ventana... Creía que alguien entraba en el dormitorio.

La ventana del baño era antigua y se atascaba fácilmente; cuando se abría, temblaban los muros y Karen se dijo que llevaba demasiado tiempo viviendo sola.

—Lo he hecho para que te despertaras —dijo volviéndose hacia él y metiendo las manos bajo los faldones de la camisa que él había utilizado para dormir. Sintió la piel cálida del hombre.

—Hueles muy bien —susurró él.

Se dejó caer en la cama aún caliente y Gonzalo se tumbó encima de ella.

—¿No querías salir pronto?

—No tardamos nada —susurró Gonzalo— si dejas la leña para después.